

el precio elevado á que habían llegado las jóvenes casaderas; pero los jóvenes que no podían encontrar su mitad en justas nupcias, contraían uniones temporales, precisamente con las víctimas designadas, con las mujeres jóvenes que habían comprado para inmolarlas. Sabían que les esperaba una muerte cruel, pero entre tanto, ¿por qué no habían de sacar el mejor partido posible de tan corta existencia? Más bien que aumentar sus desgracias por la visión constante de la muerte próxima, ¿no era preferible reír y divertirse, cantar y bailar, amar y ser amadas? Por su parte, ellas tenían necesidad de caricias y dulces pasatiempos. «Aceptemos, se decían, un primer amante y un segundo si se presenta; no tenemos tiempo para perderlo en gazmoñerías.» A la sombra de los santuarios indígenas, florecía la prostitución, como en los templos brahmánicos, donde anidan siempre hieródulas y bayaderas. La pobre mujer nada anhelaba tanto como quedarse en cinta, pues en tal caso se la perdonaba, al menos hasta haber dado á luz y haber destetado al fruto de su amor. Después del primer parto, tanto mejor para ella si llegaba á un segundo, y aun á un tercero; el aplazamiento de su ejecución podía ser ilimitado. Con frecuencia los afectos se hacían tiernos y profundos. A pesar de la cuchilla siempre suspendida sobre las cabezas, las uniones en que se amaban de veras eran numerosas; sobre el borde del precipicio se miraba con espanto el profundo abismo. A veces se compraban desgraciadas, que convertían en carne de placer, con la intención declarada de matarlas ante el altar cuando fuesen demasiado viejas. Más de una fué inmolada con la criatura que llevaba al brazo. Madre, hijos é hijas, todo pasaba.

Hubiera sido cruel á los padres asistir al sacrificio de sus pobres hijos. También el canibalismo tiene sus accesos de humanidad. La regla, entre los poblados,

era cambiar sus *poussiras*; tal era el nombre que daban á sus hijos desgraciados. Presentábase un djanni y se llevaba á los inocentes, como el matarife se lleva á los terneros en un carro... Todo pasaba convenientemente. ¿Pensáis acaso que los khouds ignoraban las atenciones debidas al ornato público, á las simpatías personales y á la conmiseración individual?

Procurándose víctimas de fuera de la tribu y expidiendo más lejos los niños que se había visto nacer, tenían la ventaja de inspirar menos piedad las inmoluciones. No porque hasta el último trance se fuese duro con las víctimas, ni porque se las tratase con rigor; bien al contrario. Las poussiahs eran favoritas de todo el mundo, eran los niños privilegiados de la comunidad, á cargo de la cual eran vestidos y alimentados, alimentados á veces hasta con substancias seleccionadas, pues se tenía interés en que fuesen gallardos, bien nacidos, dotados de agradable aspecto; ordinariamente entraban en las familias notables, que consideraban una prerrogativa y un manantial de prosperidades el hecho de darles alojamiento. Comer en su plato conservaba la salud ó curaba á los enfermos. Así, pues, se compartía con los desgraciados la cama y la mesa, los trabajos y juegos con los compañeros de su edad. Aunque no les ocultaban la suerte que les estaba reservada, hacíanles acariciar la esperanza de demorar su ejecución hasta plazo indefinido. En ello había algo de cierto; queríaseles de verdad para no dejarlos hasta el último instante. Si llegaban á ser adultos, no había muchacha ni joven que no se sintiera halagado con su amistad y favor. Se alentaban especialmente las relaciones entre esos esclavos de ambos sexos, pues el producto de esas uniones pertenecía de derecho á la sangrienta diosa; su fecundidad aseguraba la perpetuidad de los sacrificios. Además, más se hubiera fertilizado la tierra con carne estéril.



Diez ó doce días antes de la gran ceremonia, los patricios y notables del pueblo tomaban un baño, se purificaban según sus ritos. En el bosquecillo sagrado, de árboles majestuosos, supervivientes de la selva primitiva, refugio de las ninfas selváticas, driadas y hamadriadas, notificaban á la diosa que la fiesta estaba próxima, que estuviese dispuesta.

Los tres primeros días pasábanlos en orgías que se han calificado de indescriptibles, en las que figuraban á veces mujeres disfrazadas de hombre y armadas como guerreros. En la gran esposa del dios Sol había que despertar los aletargados sentidos, suscitar su fecundidad adormecida, irritar los deseos por espectáculos sencillamente lúbricos. Tumultos de gritos y cantares. Tambores, redoblantes y cornamusas hacían furor, los ecos repercutían de colina en colina. La juventud perneaba y se estremecía, y, sin cesar la danza, las muchachas removían el suelo arrastrando sus talones, palpaban la tierra con los dedos como acariciándola, y decían: «¡Despierta, despierta Tierra, amiga nuestra!» En las fiestas de la sementera los latinos invocaban también Opos Cousiva, al mismo tiempo que arañaban la tierra con los dedos (1). Cada cual se ha hecho bravo y se ha taraceado con su bermellón. La cordería brilla y las fruslerías tintinean. Los cazadores dan gran parada formando con sus pieles de tigre y de oso, emplumándose como el gallo de los juncales, como un faisán de los bosques. Los celadores y celadoras agitan sus escobas y tirsos de plumas, simulando levantar una bandada de pavos reales. La miserable heroína ha sido ya lavada con agua abundante y la han hecho ayunar para que esté pura tanto por fuera como por dentro; viste con ropas nuevas. La pasean de puerta en puerta procesional y solemnemente, luego la llevan al bosque sombrío,

(1) Lausauls.

residencia de la diosa. Bajo las guirnaldas de verdura, el sacerdote la ata con cuerdas á un árbol florido, de diez ó doce metros de altura, coronado con una figura de pavo real.

Aquí, el pavo real, rey de la fiesta agrícola, representa evidentemente el Cielo. Tantos soles como ojos de oro sobre el abanico. El trono sobre el que se sentaba el Gran Mongol representaba un pavo real con alas desplegadas y sus plumas resplandecientes:

*«¡Que vuelvan lo bellos días de Delhi! Bendito el trono de oro que el pavo iluminaba con sus pedrerías (1).»*

El trono real del Birma representa un pavo real y una liebre, símbolo que indica la doble descendencia solar y lunar, el estandarte de la dinastía es un pavo real volando sobre campo de plata. La hechicera Garro no practicaría ningún rito religioso sin haberse puesto sus sandalias y adornado su cabeza con plumas de pavo real. Los khoud juran por las plumas de este pájaro, juran por el tigre y la termita. El elefante, otro símbolo del Sol, esposo de Deméter. Ante el elefante las mujeres se inclinan; mojan sus sienes con bermellón y hacen seguir á sus hijos el camino marcado con sus pisadas; no es, pues, extraño que la imagen del rey de los bosques adorne con frecuencia el ara de los sacrificios. Ocurre á veces que se establece un segundo puesto en honor de la diosa, representado en estos casos por tres piedras bajo las cuales se entierra un pavo real fundido en cobre.

Volvamos á la víctima. Ha sido coronada de flores, untada con aceite y manteca fundida, se le ha dado una mano de amarillo de azafrán, color de los espíri-

(1) Canción Ourdua.



tus luminosos y de los espíritus celestes, se prosternan ante ella y la adoran. La adoran para hacer con ella otra Tarí. Pues en la concepción verdaderamente ortodoxa del sacrificio, la hostia, sea hombre ó mujer ó virgen, cordero ó vaca, gallo ó paloma, representa á la divinidad misma. Por eso los mejicanos la adoraban con los vestidos y atributos del Inmortal que ella tenía que personificar. Ejecuciones vulgares y mezquinas las de los esclavos, las de los malhechores detestables; ¡pero qué gloriosas las inmolaciones de un dios mismo, de una diosa, y cuán meritorias las virtudes de su sangre!

Tarí, dice la leyenda khouda, tuvo la intención de sufrir todas las tardes el sacrificio de su persona. Quiso hacer ella como el gran rey Vikramajit (1), que — más fuerte que San Dionisio y hasta más que el beato San Oriol (2), — cada tarde se cortaba él mismo su propia cabeza y la llevaba como ofrenda á Devi. Pero sus adoradores, viendo la falta de destreza de la diosa, le aseguraron que era lo mismo degollarse por delegación. Tarí quiso convencerse de los consejos y razones que la dieron. Adoptó la teoría que después ha sido dogma: los dioses no piden otra cosa que inmolarsé en provecho de la humanidad, pero lo más frecuente es que tengan otra cosa de qué ocuparse y puede darse el caso de no estar dispuestos en el momento preciso. Si no interviene, pues, en persona, intervienen por un sustituto, se encarnan en *meriahs* ó intermedarios (3). El *meriahs* será el plenipotenciario del ser divino, el representante de su poder y su otro El mismo (4).

(1) Sherwill, *The Rajmahel Hills, Journal of the Asiatic Society*, 1851.

(2) Frodoar, *Histoire de l'Eglise de Reims*.

(3) Algunos indianistas explican la palabra *meriahs* por la de *mediación*, y recuerdan que el nombre de los *miris* de Bengala, mensajeros ó comisionarios, significa entrometido.

(4) Tim., II, 5. Hebreos, IX, 15.

Así es que los khouds y congéneres exigen la víctima en divinidad, la halagan, ensalzan su belleza, cantan sus alabanzas y bailan á su alrededor. Al anocheecer todas se aproximan para tocarla, la desgraciada produce bienes sin cuento. En un instante la despojan de sus vestidos que hacen á jirones y se los disputan; perfuman sus manos pasándolas por los cabellos de la infeliz víctima, arañan sus menjurges, solicitan un salivazo que los creyentes esperan con unción en medio de su cara. Después la multitud se retira, dejando á la nueva diosa fuertemente atada al poste del sacrificio, su trono y columna de gloria; la abandonan hambrienta, palpitante, desnuda, con el frío de la media noche y los terrores del bosque, esperando la horrible tragedia del día siguiente. ¡Qué velada! La nueva hija de los dioses créese que se entretiene deliciosamente en conversación con la gran Tarí, convertida en su madre y patrona. ¿Qué dicen á la pobre víctima la inmensa soledad y el espantoso silencio, interrumpido por el maullido del tigre, el mugido de las fieras y por las voces misteriosas del bosque, profiriendo palabras desconocidas? ¿Qué dice ella á los astros eternos que parecen mirarla fijamente, á las estrellas centelleantes que parecen hacerle señas diciéndole: «Mañana serás de las nuestras»?

Al amanecer, el pueblo en masa acude para terminar. Música y algazara, pífanos, batintines y cencerros, gritos y aullidos ensordecedores. Se llenan de ruido y de zambra como en otros tiempos bacantes y bacantas; como en los misterios de Eleusis «se come tambor y se bebe timbal». Pues hay cosas á las que jamás nadie se atrevería, sin antes haber ahogado la razón en la locura, sin haber matado toda sensibilidad en una excitación desordenada, si no fuera porque cada uno quiere decir: «¡En esto no tenga parte!» En ese caso la multitud es la responsable, es decir, nadie. El axioma



«El todo es la suma de las partes» no se aplica á las multitudes.

Sea lo que fuere, se rodea á la pobre joven, la compadecen, recuerdan que ayer aun la trataban como favorita, compañera de todos los juegos; se recuerdan las palabras, las expresiones, los rasgos característicos de la que suplica y forcejea queriendo vivir. «¡Miradla cómo llora! ¡Tendréis la fiereza de matarla? ¡Tan alegre que ella era, tanto que reía, tan bien que cantaba! ¡Sabes tú que era la mejor amiga de tu mozuelo? Pensó proporcionarte un nietecito.» Más de un buen padre de familia que se quedaría desconsolado si la infeliz se evadiese, lagrimea y se apiada tanto ó más que los otros; derrama lágrimas, lágrimas de exquisita dulzura. Hace que derramen lágrimas las buenas almas: hace llorar la meriah; ¡feliz presagio! nadie dice que ni una sola víctima atada al potro haya sido libertada. El instinto del drama es innato, los más brutales y groseros tienen á veces necesidad de compadecer, prueba irrecusable de que son sensibles y caritativos. Y después de todo la infeliz es ya una diosa, no hay que olvidar esto. Si se deshace en lágrimas, las nubes esparcían por las campiñas la lluvia bienhechora; si su seno estalla en suspiros ó se agita en sollozos, comunica la vida á los sembrados, la fertilidad al suelo.

Cuando la emoción ha llegado al colmo, el oficiante hace una señal, la multitud se calma, en buen orden se coloca alrededor. El espíritu divino invade al sacerdote y lo inspira, le hace cantar el origen de la institución sagrada:

«Al principio la Tierra, masa informe de barro, no hubiera podido soportar la habitación del hombre, ni siquiera su propio peso; en ese limo diluido y siempre movable, ni árbol ni hierba hubiera podido echar raíces.

»Entonces Dios dijo: «Derramad sangre humana ante

»mi cara», y se sacrificó un niño ante El... Cayendo sobre el suelo, las gotas sangrientas fijaron el terreno y lo consolidaron.»

Esta creencia es bastante general. En la India, se sabe de varios rajahs que esparcían sangre humana en los cimientos de los edificios públicos, pero el ilustre shah Djihan se contentó con degollar animales sobre la primera piedra de Delhi (1). La Birmania se movía bajo los pies, hasta que Rani Attah la hubo consolidado por un sacrificio. Idea conexas: Erin, la Isla Santa, emergía cada séptimo año, luego se sumergía debajo del agua, pero por fin un ángel la fijó arrojando sobre ella un pedazo de hierro. Las dos rocas de Tyro, los futuros asientos flotaban á la ventura, hasta que se las hubo rociado con sangre:

«Por las libaciones de la sangre sagrada, las colinas errantes echaron raíces entre las ondas del mar, y, sobre las rocas ya fijas, los hijos de la tierra levantaron á Tyro, la ciudad de amplias ubres (2).»

También los negros habían hecho el mismo descubrimiento. El gran Djagga, en la plaza que debió ocupar su palacio, hizo decapitar un hombre; al través de la sangre que manaba, dirigióse á los cuatro puntos cardinales, luego descargó el primer picazo (3).

Sin duda esta creencia debió fundamentarse sobre la observación más ó menos precisa que, en zoología, la formación del esqueleto resistente coincide generalmente con la aparición de sangre roja, de la que debieron observar las propiedades aglutinantes. Y se dedujo que la sangre derramada daba consistencia á los barrizales y también á las carnes. ¡La sangre cos-

(1) Rajendrala Mitra, *Indo Ariaus*.

(2) Nounos, *Dionysiaques*.

(3) Bastian, *San Salvador*.



taba tan poco en otro tiempo! Pero volvamos á nuestro texto (1):

«Y por las virtudes de la sangre esparcida empezaron las semillas á germinar, las plantas á crecer y los animales á reproducirse.»

«Y Dios ordenó que para mantener la Tierra firme y sólida fuese regada con sangre al empezar cada nueva temporada, lo que han hecho todas las generaciones que nos han precedido en la vida.

»Sentada sobre una piedra, Tarí comía un día manzanas. Y he ahí que una vez, pelando una, la diosa se corta un dedo, y la sangre cayó sobre el suelo, humedeció la tierra árida. E inmediatamente de cada gota surgieron matas de arroz y la campiña empezó á florecer (2).

»Tarí vió que el arroz era abundante y bueno; entonces comprendió cuántas eran las virtudes de la sangre. ¡Si algunas gotas solamente habían producido esa abundancia, qué fertilidad no se desprendería de sus venas ampliamente abiertas! Tarí pensó entonces ofrecerse en sacrificio. Y se presentó, inclinó la frente bajo el cuchillo diciendo: «Heme aquí, yo soy la meriah y vengo para ser inmolada» (3).

»Los dioses y los hombres respondieron: «Tú haces bien, ¡oh Tarí Pennou! Pero si te inmolásemos de una vez para siempre, la virtud de tu sacrificio iría disminuyendo de día en día. Vale más sacrificarte todos los años y cada vez que tengamos necesidad.

(1) Varios textos de redacción ligeramente diferentes han sido reproducidos á continuación en forma un poco condensada.

(2) De una herida hecha á Odín por un sanglles salieron flores. También salieron rosas de la sangre de Venus, cuando se arañó en las zarzas, corriendo hacia Adonis que moría. En el mismo sitio la Madre de Gracia, Nuestra Señora, andando sobre las rocas, se hizo una herida en el talón, y dejó tras ella una rastra de esas flores que después se han llamado las rosas de Jericó. Sepp. *Heidenthum und Christenthum*.

(3) Cfr. Hebr., X, 7, etc.

»Por eso, ¡oh Pennou! tú entrarás en el cuerpo de las meriahs en la época de las sementeras, cuando los malos espíritus desolarán la Tierra, soplarán los vientos envenenados de la sequía, los miasmas de la aridez y de la pestilencia. Serás entonces sacrificada por el bien de todos.

»Y la cosa fué convenida entre Tarí, los dioses y los hombres. Después ¡oh, khouds! siempre ha sido así.

»¿Por qué, pues, pueblo te lamentas? Y tú, meriah, ¿por qué gritas, por qué sollozas? Ni es tuya la culpa, ni es nuestra, ni es de los padres que te han vendido. Tú has sido comprada y has sido pagada. Nuestro sudor y nuestro trabajo han adquirido tu persona, no hemos, pues, pecado contra la ley. Es necesario un sacrificio: ¿Tú, él, ella, qué importa? ¿Te ha tocada á ti la suerte, el destino se ha pronunciado contra ti? Cuando cansada y estéril la Tierra debe soportar, no obstante, nuevas mieses, ¿cómo darle fuerza sino con sangre? Da la tuya, como Pennón dió la suya sin vacilar.»

Abramos un paréntesis. Bien sea que los aborígenas hayan tomado á los indos esta parte de su culto, ó bien sea que las dos religiones tengan igual naturaleza y un mismo origen, se observa que la teoría khouda del sacrificio es idéntica á la que desarrolla el Bhagavat-Gita:

«Al mismo tiempo que al hombre, el Creador creó el sacrificio, diciendo: Por virtud del sacrificio vosotros os propagaréis. ¡Hombres! el sacrificio será vuestra vaca de la abundancia. Por él haréis vivir los dioses, y los dioses á su vez os harán vivir á vosotros. Haciéndoos vivir así los unos á los otros, gozaréis de feliz existencia. Pero quien coma sin dar parte á los Inmortales de los alimentos que ellos han hecho surgir, no puede ser sino un ladrón. Los que son honestos y probos, piensan primero en los dioses y luego en ellos mismos. No ocupándose sino de su vientre, lo que se come



es pecado. No hay más vida que la que proviene de los alimentos, los cuales se derivan de la lluvia causada por el sacrificio.»

Brahma es «el imperecedero sacrificio»; Indra, Soma, Hari y los otros dioses, se encarnaron en animales, con el único fin de hacerse inmolar. Pourousha, el Ser universal, fué degollada por los Inmortales. De su substancia nacieron los pájaros del aire, los animales salvajes y domésticos y las ofrendas de manteca y de crema. El mundo, declaraban los rishis, es una serie de sacrificios enlazados con otros sacrificios. Suspenderlos sería paralizar la vida de la naturaleza. Siva, al que los tipperahs del Bengala decían haberle sacrificado hasta mil víctimas humanas por año, decía á los brahmanes: «Yo soy la verdadera hostia, es á mí á quien degolláis sobre los altares.»

Y la religión india concuerda con todas las religiones que tienen conciencia de sí mismas. De Quetzalcoalt, si el espacio nos lo permitiera, podríamos comentar las múltiples y sorprendentes analogías del simbolismo de los sacrificios mejicanos y las de los merihias. Quetzalcoalt se pinchó en los codos y en los dedos para derramar sangre que ofreció sobre su propio altar. Durante nueve días con nueve noches, el dios escandinavo Odin estuvo, en honor de Odin, colgado en un árbol agitado por los vientos:

«Yo sé haber estado, durante nueve largas noches, colgado al árbol agitado por los vientos. Una lanza me había traspasado; estaba consagrado á Odin, yo mismo á mí mismo (1).»

Aun hoy, el profeta Elías, invisible sobre el monte Morijah, continúa haciendo humear holocaustos en buen olor del Eterno. Si no fuese por el sacrificio perpetuo, el mundo no podría subsistir, afirmaban los rabinos.

(1) Edda, *Odin's Runenlied*.

Filón de Biblos reproduce el mito de Belo el Antiguo inmolando su joven hijo Belo; sacrificando á Belo se hacía el precursos del Eterno Jehová. Pero sigamos el curso de nuestra liturgia:

«Todos los que viven sufren, ¿y tú quieres ser exceptuado del dolor común? Sabe que es necesario sangre para hacer vivir al mundo y á los dioses, y sangre para mantener la creación entera y para perpetuar la especie. Sin la sangre derramada, ni pueblos, ni naciones, ni reinos, conservarían su existencia. Tu sangre vertida ¡oh, meniah! saciará la sed de la Tierra, la animará con savia nueva.

»En ti Pennou renace para sufrir, pero, diosa á tu vez, tú renacerás para su gloria. Entonces, meniah, acuérdate del pueblo khoud, de la aldea donde te hemos criado, donde te hemos prodigado solícitos cuidados.

»¡Oh, Tarí Meriah! ¡libranos del tigre, libranos de la serpiente! ¡Oh, Pennou Meriah; ¡danos lo que nuestra alma anhela!»

Y entonces cada cual declara lo que más apasiona su corazón. No han terminado aún las invocaciones, cuando el djanni coge un hacha y se aproxima á la víctima. No debe morir atada, puesto que muere voluntaria y de buen grado, dicen. Entonces se la desata del potro, la adormecen haciéndola beber una pócima con opio, luego, con el mocho del hacha, le rompen codos y rodillas.

Aunque siempre el mismo en el fondo, el ritual varía en los detalles de la ejecución. La mayor parte de las comarcas tenían su método particular. La divinidad festejada llevaba varios nombres. Unos invocaban á la Tierra, otros al Sol, y en este último caso se inmolan los menos tres hombres colocados en línea de Este á Oeste. Se lapidaba, se machacaba á golpes con estaca ó pesados barrones de hierro que se compraban expresa-



mente; se estrangulaba y se prensaba entre dos pesadas maderas. Se ahogaba en la ciénaga ó en un depósito lleno con sangre de cerdos. Había para todos los gustos. Aquí se administraba un narcótico en gran dosis para abreviar los sufrimientos; allá, por el contrario, se aumentaban según el deseo, pretendiendo que el sacrificio sería tanto más eficaz cuanto más doloroso. A veces la víctima era quemada á fuego lento, suplicio elegido como el más cruel entre todos; á veces también se la mataba de un solo golpe al corazón y, en la herida abierta, el sacerdote introducía una astilla para que se impregnase de sangre. En otras partes la meniah era atada al poste por los cabellos; cuatro hombres separaban sus piernas, extendían sus brazos en cruz y el sacerdote la degollaba. O bien la cogían por los cuatro miembros, la tendían horizontalmente, la cara vuelta hacia el suelo; el sacerdote pronunciaba una oración corta, cortábale la nuca y la sangre caía en un agujero lactando á la diosa cetónica. Otros empleaban un procedimiento más complicado: para hacer caer la víctima cabeza abajo, en el hoyo, se la colgaba por los talones y el cuello. Para no ser estrangulada se cogía instintivamente con las manos á los lados del armazón en que estaba suspendida, y el sacerdote, con el bisturí, le hacía incisiones en los tobillos, en los muslos y en la espalda; al séptimo golpe la decapitaba. Ya hecha la cosa, clavaba al potro el hierro encendido, hasta la próxima ejecución. Después del tercer sacrificio, el hierro había ganado en méritos. Iban á desprenderlo, y con gran pompa lo colocaban con sus inválidos en un templo. Otro método aun: El djanni metía forzosamente la cabeza del paciente en un banco hendido y un asistente cerraba las puntas extremas con una cuerda. La multitud esperaba el momento; é inmediatamente, con ronos gritos y rugidos de fiera, se arrojaba sobre la víctima; cada cual

rasgaba con las uñas ó con la navaja; todos arrancaban una piltrafa de carne palpitante; todos pellizcaban y despedazaban.

El empleo de instrumentos cortantes, observamos nosotros, es un endulzamiento de las costumbres, pues algunas hostias eran desechas á dentelladas: prueba el cabrito que se laceraba vivo en los misterios de Baco Zagreus. Antiguamente, era un hombre despedazado lo que se ponía sobre el altar de Dionisos Omestes, Dionisos el Come Crudo (1).

Tarí, digna hermana de Moloch y otros «dioses de sangre», no es la única de su especie entre las divinidades khouds. A varios otros genios aéreos, subterráneos y terrestres les ofrendan sangre, mucha sangre. Si no se les ahita, el suelo será infértil, árido; ni la lluvia ni el sol vendrán á su tiempo.

Los celtas, nuestros antepasados, tenían también sus meniah; compraban esclavos que trataban muy bien, y el año necesario los conducían al sacrificio con gran aparato. Cada doce años, la tribu de los albanes engordaba una cortesana para matarla luego á lanzadas ante el altar de Artemisa (2). Al volver la temporada, las hieródulas que habían alimentado con manjares exquisitos eran sacrificadas á la diosa Siria. «Los espíritus de la Tierra están sedientos de sangre,» decía Atenágoras. En las Targelias, los atenienses adornaban espléndidamente un hombre y una mujer, mantenidos á expensas del Estado, los conducían en procesión y los quemaban en los linderos de la campiña. En las fiestas de Patrac, en Acaia, se arrojaban animales vivos en las llamas de una hoguera; entre los tisianos, se arrojaban también ovejas y cabras; el culto de Deméter y el de Moloch se contenían el uno al otro.

(1) Plutarco, Vita Themist... XIII; Pelopon, XXI.—Clemens, *Cohortationes ad gentes*.

(2) Estrabón.



Pasemos sobre los horrores de Cartago, repetidos en Upsala por los escandinavos, en Rugen y Romova por los antiguos eslavos. Hasta estos últimos tiempos, los ispanhenses celebraban la «Fiesta del Camello» ó «Sacrificio de Abrahám», casi igual. El gran padre de la Meca enviaba uno de sus hijos adoptivos cabalgando sobre un camello hendido. Ese animal era paseado por la ciudad en medio de infernal zambra; en un momento dado, el rey le lanzaba una flecha sobre sus costados. En un instante la pobre bestia era asesinada, descuartizada, hecha pedazos pequeños y llevada lejos, distribuida entre todo el mundo; cada cual se llevaba aunque no fuese más que un pequeño fragmento para ponerlo en un puchero de arroz. Los ghiliaks y los ainos, adoptaban también un cachorro de oso, lo acariciaban y adormecían, lo trataban como niño mimado, hasta el día que se disputaban entre ellos sus pedazos. Los negros actuales no creen adquirir á alto precio los pobres éxitos de su rudimentaria agricultura empalando y cortando el cuello á un par de muchachas de soberbia belleza. Están persuadidos de que se necesita sangre para atraer la lluvia. El mismo dogma es profesado por los pieles rojas. Por lo mismo, los paunies mataban un cautivo de Sioux infligiéndole horribles tormentos, y con su sangre asperjaban las hortalizas. En Méjico y en Nicaragua, la víctima, antes de ser degollada, recibía honores más que regios, pues creían que ella representaba la divinidad, haciéndose inmolar por el bien del pueblo. No se nos dice que su carne fuese enterrada en tierra, pero el corazón, fuente de sangre, era la obvención de los jefes y los sacerdotes. Los precedentes ejemplos, tomados de cien autores, podrán ser suficientes.

De la meriah destrozada, los sacerdotes no dejan más que las entrañas y la cabeza, y aun á éste se le suelen arrancar los cabellos. Las aves de rapiña y los chacales no tienen gran festín, pues al siguiente día, entrañas, cráneo y esqueleto son quemados al mismo tiempo que un carnero. Cuidadosamente recogidas, y no sin solemnidad, las cenizas son aventadas para que el aire las esparza por los campos; en algunas partes las mezclan con los granos destinados á la siembra que se quiere sustraer á la invasión de los insectos. Esas cenizas poseen todas las propiedades de las carnes vivas (1), todas las virtudes de la sangre que da al arroz, al trigo, al mijo, la facultad de conservar la vida, de alimentarla. Sin su acción, el índigo no podría alcanzar su hermoso color azul, el alcanfor no se depositaría sobre la semilla del alcanforero. Si no se hubiesen rociado los umbrales, la casa y los graneros serían invadidos por los espíritus de la calentura, las pestilencias y el hambre (2).

Los despojos de las víctimas, los sacrificadores se los disputan para enterrarlos lo antes posible en sus jardines, ó para suspenderlos encima del arroyo que riega sus campos lo antes posible, pues desde el momento que el sol se pone la hostia ha perdido su eficacia. Los pueblos que asisten al sacrificio organizan relevos, hacen maravillas de celeridad. Que un agricultor entierre en su campo la mitad del cadáver ó el más pequeño fragmento, el efecto es el mismo. Sobre ese dogma fundamental, la teología djanni coincide con la cristiana. La carne divina obra cualitativamente y no cuantitativamente; la acción es por naturaleza y no por volumen; no es un abono para tratar de carretadas, sino un punto luminoso que irradia hacia todas partes. Ce-

(1) Cf. Hebreos, IX, 13. — Números, XIX, 9.

(2) Cf. Exodo, XII, 13.